

La biblioteca de la memoria

Alberto VILLAMANDOS

¿Quién no recuerda ese episodio? Tras caer, caer, caer por el profundo agujero que resultó ser esa madriguera, Alicia se encuentra en una extraña salita. En uno de sus rincones puede ver una puerta diminuta. ¿Cómo podrá pasar por un espacio tan angosto?, se pregunta. Pero sobre una mesa encuentra una botella de medicina que dice "Bébeme". Alicia, niña inteligente donde las haya, se asegura de que no diga "veneno", y entonces... A veces pienso que las bibliotecas públicas, sin duda instituciones serias y respetables, deberían exhibir en grandes letras sobre el dintel de sus entradas lemas de ese tipo, "Léeme", como consejo y admonición. Se dice que al viajero que se acercaba al santuario de Delfos, donde se encontraba la pitonisa, le recibía una advertencia: "Conócete a ti mismo", un consejo nada fácil de llevar a cabo, por otra parte. Frente a lo casi amenazante de ese imperativo, "léeme" sería más bien una invitación a aprender, a viajar sin moverse del sitio, a conocer el pasado y también a conocerse (o construirse) a uno mismo.

De entre las bibliotecas que he podido visitar, las ha habido monumentales como la del monasterio de El Escorial, gélida e imperial; lujosas y barrocas como la Joanina, en la Universidad de Coimbra; misteriosas y seguramente habitadas por algún fantasma como la del Palacio del Obispo Gelmírez, en Santiago de Compostela. Espacios que materializan la historia en sus volúmenes y sus maderas oscuras, una historia salvada milagrosamente de incendios, guerras, rapiñas. ¿Cuántas han sucumbido? ¿Cuántos miles de libros, de incunables, de manuscritos únicos se perdieron por la constancia de las goteras o los ratones? Pero la biblioteca que seguramente más me ha marcado en mi vida era una mucho más modesta, reclusa en un aula rehabilitada de un colegio público. Se encontraba a la espera de poder ser trasladada a su espacio exclusivo, una espera que se dilataría creo yo casi diez años. Esa era la biblioteca de mi infancia, la primera de un barrio como San Jorge, tan necesitado de cultura y recursos. Su geografía la limitaba las vías del tren, un cierto estigma social y la sensación de estar muy lejos del centro, en una Pamplona previa al boom urbanístico que empujaría sus límites hasta lo impensable. Por casa todavía tiene que estar ese viejo carné que conseguí una tarde después de la escuela, en esos tiempos de la EGB. No pude llegar el primero, a pesar de las prisas. Ochenta personas, ciudadanos de ese barrio necesitado de cultura, se me habían adelantado.

¿Qué significaba ese espacio para mí? Para un adolescente más bien apocado, la biblioteca pública de San Jorge significó una especie de refugio, una cueva de Alí Babá a tu disposición. Busqué y rebusqué en sus estanterías, y sus libros me decían "Léeme", y como a Alicia, me hacían grande y pequeño, me ayudaban a pasar por las puertas más extrañas. De forma caótica, a trompicones, un poco como se hacen las cosas a esa edad, apasionadamente leí sin parar, y me da por pensar que en muchos casos sin comprender totalmente lo que leía, pero con el entusiasmo del neófito. Creo que era Paul Eluard quien decía que hay otros mundos

pero están en este. Para mí, esa aula rehabilitada contenía esos otros mundos, que podían ser los que se vislumbraban a través de esa antología de Rubén Darío cuya portada podría reconocer ahora, era *Cien años de soledad*, eran los sufridos tomos de Austral o Alianza, *En busca del tiempo perdido*, el *Cuarteto de Alejandría*. Era la cultura con mayúsculas, porque ¿para qué empezar por algo más fácil? Pero todavía más vivo es el recuerdo de su bibliotecaria, Carmen, con la que hablé tantas veces de lo divino y lo humano, y quien me recomendó lecturas tan importantes para ser quien soy. Y ahora, desde este café en Kansas City, con esa nostalgia que aumenta la distancia, pienso en ella y en aquellas páginas y en aquellas tardes de otoño tan oscuras.

Desde entonces, y viviendo ya en Canadá y después en Estados Unidos, he frecuentado otras bibliotecas, por obligación y por curiosidad, como el que busca un paisaje amable y un espacio en el que sentirse como en casa, con variada suerte. Ahí quedaban las inhóspitas bibliotecas universitarias, que parecen contener todos los libros, pero donde el efecto inmediato para el usuario una vez que entra es echar de menos el aire libre y el césped. Entre las bibliotecas públicas siempre hay más variedad, como la de Westport, mi barrio en Kansas City, en una casita de piedra abarrotada de libros en la que solo se echan de menos decenas de gatos haciéndose los dueños de sus salas. Por el contrario, la biblioteca central de la ciudad se encuentra en un edificio impresionante, un antiguo banco de los años treinta, cuando a la ciudad se la llamaba “el París de las llanuras”, florecía la mafia y el jazz. En la calle 10, entre

68

Baltimore y Main, se alza lujosa con su estilo neoclásico, sus maderas nobles y sus lámparas *art nouveau*. Con buen tino, en un país en donde lo viejo parece a veces que estorba y se elimina sin miramientos, se han conservado muchos de los detalles originales, e incluso se ha habilitado la caja fuerte del sótano como pequeña sala de proyecciones. En las noches de verano de calor tropical del Medioeste se aprovecha

la azotea para ciclos de cine para jóvenes.

En Estados Unidos las bibliotecas públicas han sido hasta ahora instituciones intocables de cultura, y digo hasta ahora porque estos bastiones democráticos e igualitarios, por gratuitos, como lo era el de la educación primaria y secundaria, se encuentran en serio peligro debido a los continuos recortes de presupuesto. No se trata de simples depósitos de libros, sino de verdaderos centros de educación, donde como en Kansas City, se prestan libros, CD, audiolibros, películas, *e-book*, ordenadores portátiles para usar el wifi gratuito, te ayudan a hacer la declaración de impuestos, te aconsejan sobre cómo buscar trabajo o redactar un currículum apropiado, e incluso ahora te informan sobre los cambios que traerá el nuevo seguro de salud, el *Obamacare*. Se dan conferencias, se proyectan películas y organizan actividades para niños. ¡Y todo ello de lunes a domingo, de 9 de la mañana a 9 de la noche y hasta las 6 los fines de semana!

Uno no puede dejar de admirar el empeño y amor por la cultura de los anglosajones. Sin embargo, en una sociedad tan individualista y segregada social y racialmente en la práctica, las bibliotecas, como los museos, son en EEUU muchas veces las únicas instituciones disponibles y verdaderamente abiertas, que centralizan toda la vida cultural de una ciudad. La metáfora del refugio adquiere en ocasiones trazos dramáticos: cuando se abre la sede central

cada mañana, los primeros en entrar son los "sin-techo", cargados de sus bolsas, que pasarán las horas bajo esos lujosos artesonados de un antiguo banco intentando echar una cabezada.

Cada vez que vuelvo a Pamplona entro en esos modernos edificios, los "civivoxes" de barrio y la nueva sede central, llenos de gente, estudiantes, opositores, niños, lectores de periódicos. Los miro con un poco de envidia sana, en esos espacios diáfanos a tanta distancia de la biblioteca de barrio que yo conocí. Pero al mismo tiempo pienso que su contenido, su esencia, no cambia tanto, y hoy habrá muchos usuarios tan jóvenes como yo entonces quienes dentro de unos años recordarán esa experiencia como un momento decisivo en su biblioteca personal de la memoria. Por eso, con cada recorte de presupuesto, con cada restricción de horario o de medios que se imponen desde arriba se están poniendo trabas a un proyecto de sociedad cuyos frutos, como en la educación pública, solo se pueden observar a largo plazo.

Desde la distancia, creo que se puede aprender de la diligencia norteamericana a la hora de adaptarse a los nuevos medios en la cultura. Es una cuestión, me parece, de simplemente escuchar las necesidades de los lectores y de que las instituciones den espacio a los bibliotecarios a iniciativas innovadoras. Pero al mismo tiempo, nosotros usuarios, en Kansas City o en Pamplona, debemos reivindicar ese espacio de la sociedad civil, servirnos de él y compartirlo: ¡Señora, caballero! Lleve al club de lectura de su barrio a ese amigo que nunca ha ido más allá de la sección de deportes del periódico. Tal vez sienta el vértigo de Alicia de crecer o hacerse minúscula. Nunca es demasiado tarde para darse cuenta de que hay otros mundos, pero están dentro de la biblioteca de San Jorge.